

II

Fantasmas negros

Lo primero que llama la atención al llegar a Arabia Saudí es la ausencia de mujeres en los espacios públicos. No hay azafatas en los aeropuertos internacionales de Riad, Yedda o Dammam. Tampoco se ven camareras ni señoras de la limpieza. Tan sólo algunas pasajeras a las que un oficial se preocupa de colar por delante de las enormes filas de inmigrantes... aunque no estoy segura de su objetivo: no sé si es una muestra de caballerosidad trasnochada o simplemente se trata de quitarlas de en medio cuanto antes. Las mujeres policía que se encargan de identificar a las saudíes que llegan al control de pasaportes con el rostro cubierto trabajan en un cuarto cerrado, a resguardo de miradas indiscretas. Pero como muchas otras impresiones iniciales de este país fascinante y contradictorio, cualquier juicio de valor puede resultar precipitado.

OCULTACIÓN, 'ABAYAS' Y EL JUEGO DEL ESCONDITE

Durante mi primera visita al reino en 1989 aprendí la lección: preguntar antes de juzgar. Descubrí entonces que el lugar de encuentro entre las dos mitades de la sociedad era el centro comercial. Curiosa por saber cómo eran las mujeres saudíes, me dirigí enseguida al Alakariya, un complejo por entonces recién inaugurado.

¡Desilusión! Allí no había mujeres, sino fantasmas negros. Un elaborado sistema de velos superpuestos las cubría de la

cabeza a los pies, incluido el rostro, y apenas dejaba a la vista sus manos, en casos extremos también tapadas con guantes. Era imposible saber si eran jóvenes o viejas, guapas o sencillamente del montón, felices o desgraciadas. Quienes no llevaban el rostro cubierto eran invariablemente extranjeras: otras árabes casadas con saudíes, o inmigrantes indias, indonesias o filipinas.

«¡Hijos de Adán! Hemos hecho bajar para vosotros una vestidura para cubrir vuestra desnudez y para ornato», reza el Corán¹. Pero a las mujeres de Arabia Saudí el ornato les está prohibido, al menos en público. La extrema ocultación de que hacen gala las saudíes y otras mujeres de la península Arábiga dista mucho del pañuelo islámico a que nos tienen acostumbrados las marroquíes o turcas en Europa. Las hijas del desierto siguen una práctica sobre cuyas raíces ellas mismas discrepan.

«Es un mandato religioso», me explicó en una ocasión Fatma Mofahdi, profesora de la Universidad Islámica Imam Mohamed Ibn Saud de Riad, convencida de que si las saudíes son las únicas musulmanas que se cubren el rostro es porque su país es «el único que practica el verdadero islam». Sin embargo, la mayoría de las consultadas atribuye esa costumbre a la tradición, aunque admite que también existe presión social. De hecho, si fuera un imperativo religioso, las mujeres no podrían entrar a cara descubierta en las grandes mezquitas de La Meca y Medina, y sin embargo, durante las peregrinaciones del *bach* o la *umra*, el rostro de las mujeres debe estar visible.

Algunos estudiosos han llegado a tachar de antiislámico ese *velo social* y la segregación que lo acompaña². Éstos interpretan que la sociedad se ha apropiado de un argumento religioso para mantener valores patriarcales anteriores. En cualquier caso, en Arabia Saudí no hay una ley que estipule cómo deben vestir las mujeres en público. Es un mero convencionalismo, pero cuyo cumplimiento se encarga de vigilar el Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, al que todos se refieren como «el Comité»³.

«¡Cubre tu cara, mujer! ¡Teme a Dios! ¡La *abaya* debe llevarse sobre la cabeza, no sobre los hombros!», gritan a las mujeres en mercados y centros comerciales los miembros del Comité, los temidos *mutawain*, una suerte de piadosos oficiales a sueldo del Estado que se distinguen por sus barbas largas y sus túnicas cortas. El palo que exhibían hasta hace poco, y que no dudaban en utilizar, hacía más convincentes sus *recomendaciones*.

En los hogares, cada una viste a su gusto. Con una falda larga y una blusa, las más conservadoras. Con un vaquero y una camiseta, las más jóvenes o modernas. Incluso con un provocativo micro vestido, si van a una fiesta (en principio, sólo para mujeres). El problema se plantea al salir al espacio público, o recibir la visita de hombres que no sean familiares directos. Entonces, hay que cubrir las *tentadoras* formas femeninas.

Primero se colocan el *nekab*, un trozo de tela negra con una cinta que se ata por detrás de la cabeza a la altura de la frente y apenas deja una ranura libre para los ojos. A continuación, se envuelven la cabeza, incluido el cuello, en el *gotwah*, un pañuelo tipo fular también negro. Algunas se pasan uno de los extremos por encima del rostro para tapar, además, la franja de los ojos. Finalmente, se colocan la *abaya*, una especie de capa negra que las envuelve de la cabeza a los pies. El temor a que el cuerpo de la mujer pueda quedar expuesto llega al extremo de que las tiendas de ropa no tengan probadores de señoras...

CENA EN ARABIA: EL PLACER DE LAS CADENAS

Influida por los estereotipos al uso, asocié de inmediato el velo con la sumisión. Algo de ello hay en esa práctica. No lo voy a negar. Pero el asunto es mucho más complejo. Lo comprendí la noche en que el ingeniero Milad Alami nos invitó a cenar en su casa a mi marido y a mí. (Sí, porque en 1989 —no tan lejano— el Estado saudí no facilitaba visados a mujeres solas menores de cierta edad y, mucho menos, para que anduvie-

ran zascandileando a sus anchas por el país. En realidad, los periodistas estábamos convencidos de que, salvo invitación, ninguno de nosotros, hombre o mujer, éramos bienvenidos en el reino). Como casi todo en Arabia, fue cuestión de perseverancia y persuasión. La pista me la dio el entonces embajador de España en el reino saudí, José Luis Xifra de Ocerín. «Que pida el visado su marido y usted viene de acompañante», me aconsejó el diplomático, convencido de que su mediación sería más fructífera de esa forma.

Y así llegamos a Riad, tan sorprendidos como complacidos por un requisito que nos permitía pasar más tiempo juntos. Varias entrevistas más tarde pudimos relajarnos al comprobar que las estrictas normas sociales sobre las que nos habíamos informado antes de emprender el viaje se difuminaban con los extranjeros. Aunque algún interlocutor rehusó mirarme a la cara y la conversación se mantuvo embarazosamente triangular, la mayoría de ellos extremaron su cortesía. De alguna manera, trataban de compensar las dificultades que intuían me suponía el ir cubierta por la *abaya* y no poder moverme con libertad.

Tiempo después, la profesora Fatma me aclararía que el evitar el contacto visual conmigo no había sido una falta de respeto, sino todo lo contrario. «No es propio de nuestra cultura; se considera grosero mirar directamente a una mujer que no es miembro de tu familia», trató de hacerme comprender.

Al final, la visita en pareja tuvo más ventajas que inconvenientes. El breve tiempo que estuvimos en Arabia Saudí nos proporcionó algunas experiencias a las que los extranjeros sólo accedían tras largas estancias en el país. «Llevo dos años aquí y nunca me han invitado a una cena con mi esposa», nos comentó el embajador Xifra de Ocerín al conocer el ofrecimiento de Alami. Aún cabía la posibilidad de que mujeres y hombres pasáramos la velada en habitaciones separadas, pero su comentario nos hizo valorar aquella cita como algo más que un compromiso social. Era nuestra oportunidad de ver a los saudíes en la intimidad y, al menos para mí, de tener acceso a los rostros de sus mujeres.

Alami vino a buscarnos al Hotel Intercontinental en su propio coche. Su *gutrah*⁴ descansaba arrugada sobre el asiento del copiloto. Había tenido un día de mucho trabajo y ni siquiera se había afeitado. Para acabar de romper los tópicos, nuestro destino no era una villa impresionante de las afueras de Riad, sino un piso en uno de los edificios de viviendas del centro, cada vez más frecuentes. Grande para los estándares europeos, pero nada que un profesional de su nivel no pudiera permitirse en Madrid, Barcelona o Bruselas.

«Ahí puede dejar la *abaya*», me dijo Alami, indicándome un colgador, nada más franquear la puerta de su casa. Un poco incrédula, después de varios días oculta bajo el velo negro, me liberé de la envoltura. No había terminado de recomponerme el vestido cuando su mujer salió a darnos la bienvenida. Elegantísima, con un caftán verde que contrastaba con su melena azabache, nos sorprendió con su inglés exquisito, mucho más matizado que el de su marido. Enseguida se unieron otros dos matrimonios. Ellos, con la habitual túnica blanca, que los saudíes llaman *zob*. Ellas, una vez despojadas de las capas negras, impresionantes en sendos modelos de alta costura.

Ausencia de bebidas alcohólicas aparte, la reunión no se diferenciaba en nada de las que se celebran en cualquier parte del mundo. Cenamos todos juntos. Y los saudíes, supuestamente tan celosos de que un extraño pueda ver a su mujer descubierta, quitaron importancia al asunto. Los tres habían estudiado en Estados Unidos. Respetaban las costumbres de su país, pero asumían que algunas debían relajarse.

Después de las presentaciones y las cortesías habituales sobre nuestra estancia, tanto ellos como ellas se mostraron dispuestos a explicarnos cualquier curiosidad, e incluso a darnos su opinión sobre los temas más controvertidos, desde la pena de muerte hasta la situación de la mujer. Estábamos ya dando cuenta de los postres cuando me lancé a preguntar sin rodeos:

—Pero a ustedes, que tienen una formación elevada, ¿no les agobia tanto velo y tanta restricción?

—Son las tradiciones —respondieron las tres mujeres casi al unísono.

Tuve la impresión de que esperaban que planteara el tema. No parecía una aceptación resignada, sino, más bien, asumida con naturalidad. O eran muy buenas actrices. Tras las usuales digresiones sobre su religión, las ventajas de no suscitar la lascivia en los hombres y otros tópicos poco convincentes para una occidental, llegaron al grano. En resumen, vinieron a decirme que ser saudíes les daba acceso a un alto nivel de vida impensable en cualquier otro país del mundo; tenían todo lo que podían desear y si el precio era cubrirse de negro de la cabeza a los pies, lo hacían muy a gusto.

«Cuando nos agobiamos, nos vamos de compras a Londres», reconoció finalmente una de ellas al comprobar que no terminaba de creerlas. Por un instante, pensé que yo también quería ser una saudí. Educación superior sin la exigencia de tener que explotar los conocimientos en un trabajo remunerado. Tiempo libre porque se dispone de abundante (y barato) servicio doméstico. Alto nivel adquisitivo fruto del petróleo y del Estado de bienestar. Y, sobre todo, ese «nos-vamos-de-compras-a-Londres»...

La velada concluyó allí. Se acercaba la medianoche y el día siguiente era laborable. Hasta que me dormí, no dejé de dar vueltas al sinsentido de que yo, o cualquier occidental, pudiera desear liberar del velo a unas mujeres que obtenían grandes beneficios de él, y no sólo espirituales.

Sin duda, los matrimonios que habíamos conocido no eran una muestra científica de la sociedad saudí. Nadie lo había pretendido. Alami trabajaba con el príncipe Abdala bin Faisal bin Turki al Saud, entonces presidente de la Comisión Real para Yubail y Yanbu y uno de los miembros más liberales de la familia real. Estábamos en un entorno de profesionales educados en el extranjero y partidarios de la modernización de su país. Tal vez eran una minoría, como nos advertían observadores con más experiencia que la nuestra, pero tal es el caso de las élites ilustradas que lideran los cambios y las

transformaciones en cualquier sociedad. ¿Cuántos españoles *hicieron* la transición política?

En casa del ingeniero Alami, había unas mujeres —y unos hombres— que rompían el estereotipo del harén, el camello y el pozo de petróleo, pero también que ponían a prueba nuestra idea de lo deseable. Nos llevamos una imagen seguramente parcial, pero distinta de la esperada. Mi impresión fue que aquellas mujeres renunciaban a parte de su libertad a cambio de estatus. O si se quiere plantear en términos más crudos, el sistema compraba su silencio. Pero... ¿tenían otra opción? ¿Opinarían lo mismo otras no tan afortunadas?

EDUCADAS, CULTAS Y LABORIOSAS... EN CASA

Las respuestas tendrían que esperar a futuros viajes y, aún hoy, no he encontrado una única. Arabia Saudí es un país más diverso de lo que sus autoridades —y nuestros estereotipos— han querido reconocer. Lo mismo vale para sus mujeres. En sucesivas visitas he hallado actitudes no sólo distintas, sino opuestas, respecto a sus derechos, su papel en la sociedad y su futuro. No me cabe duda de que la mujer se ha convertido en el elemento más contradictorio de la sociedad saudí, en un símbolo tanto de la opresión como del cambio.

Confinada históricamente a los límites de la casa y la familia, ni siquiera comparte el mismo espacio vital que el hombre. Sin embargo, mientras que por un lado la ola de bienestar económico creada por el petróleo ha contribuido mantener costumbres para nosotros medievales, por otro, al permitir su acceso a la educación, ha dado pie a usos y formas que chocan con esa cultura que la postergaba a la ignorancia y la sumisión.

Desde que la princesa Iffat, cuarta esposa del asesinado rey Faisal, fundara la primera escuela para niñas en 1962, en Yedda, se abrió para las mujeres un mundo de posibilidades y poco a poco profesoras saudíes han ido remplazando a las docentes extranjeras. La educación fue, junto con la sanidad, uno de los primeros terrenos conquistados.

Hoy, las estadísticas muestran que la tasa de escolarización de las niñas saudíes en la educación primaria (48 por ciento de los alumnos) es similar a la de otros países árabes (48,2 por ciento en Líbano, por ejemplo)⁵. Aunque no se les permite estudiar Ingeniería o Derecho, ni tienen tampoco acceso a la prestigiosa Universidad Rey Fahd de Petróleo y Minas, las autoridades señalan ufanas que hay más universitarias que universitarios en sus centros de enseñanza superior. Ello se debe en gran medida a que muchos varones salen a estudiar fuera del país, pero no eclipsa el hecho de que las mujeres constituían el 55 por ciento de los titulados saudíes ya en 1995.

«No hay reglas, depende de cada familia», me explicaba en el año 2000 la princesa Hala bint Jaled, una joven pintora cuyas dotes artísticas hicieron que su padre prometiera enviarla a estudiar a Venecia. Sin embargo, llegado el momento, se retractó. Sus hermanos no tuvieron mayores problemas para formarse en el extranjero. Hala lo contaba sin resentimiento, aunque con una sombra de pena. La convicción de que la independencia de la mujer equivale a una conducta libertina sigue muy arraigada en la conservadora mentalidad saudí.

Por desgracia, el entusiasmo de las familias saudíes por la educación de sus hijas no se ha traducido en una mayor participación femenina en la fuerza laboral. No hay nada en la legislación que impida el trabajo de las mujeres, o que éstas se dediquen a los negocios, tengan sus propias compañías o comercios, siempre que se trate de establecimientos exclusivamente femeninos. Ponerlo en práctica... es otra cosa. En términos generales, las saudíes no han realizado trabajos remunerados fuera del hogar hasta la década de 1980. No se trata de una prohibición legal —no hay leyes al respecto en este país que, aún en el siglo XXI, se rige por el Corán—, sino de un hecho asumido por costumbre o tradición.

«Nada en nuestra religión lo impide», me aseguró durante mi primera visita el viceministro de Educación Superior Abdelaziz N. Orraya, «se trata más bien de una dificultad física; nuestras creencias se oponen al contacto directo de

hombres y mujeres que no formen parte de la misma familia». Orraya, que se formó en Estados Unidos y cuya esposa ejercía ya entonces de profesora en la universidad femenina de Riad, reconocía sin embargo que «los hábitos sociales pueden acomodarse».

La señora del viceministro, que se comunicaba con sus colegas masculinos por medio de ordenador o de un sofisticado sistema de circuito cerrado de televisión, formaba parte de una minoría privilegiada, cuyo ámbito profesional estaba todavía restringido a la enseñanza y la medicina, o a los medios de comunicación para las más avanzadas. Siempre, claro está, con las limitaciones que impone tener que acudir a visitar a una paciente acompañada del padre, porque no pueden tomar solas un taxi o conducir un vehículo.

Con todo, estos atisbos de progreso ya eran una *revolución*. Salvo contadas excepciones, esta sociedad, a medio camino entre un paternalismo tirano y una discriminación abierta, había descartado hasta entonces para las mujeres cualquier opción que no fuera el matrimonio y la maternidad. Aún ahora, cuando la necesidad económica empieza a abrir el mundo laboral a las mujeres, intenta mantenerlas apartadas en un gueto de sucursales bancarias femeninas, piscinas separadas, secciones de autobús delimitadas... Vidas, en definitiva, quebradas por la ausencia de realidad.

CAFÉ ADÚLTERO

En Arabia Saudí está prohibido que las mujeres conduzcan, que entren en algunos comercios (por ejemplo, en las tiendas de música), se alojen en hoteles (salvo en compañía de sus padres o maridos), o acudan a restaurantes (salvo en compañía de sus padres o maridos, y esto, a su vez, sólo en las llamadas salas de familia, una sección apartada de la vista del público).

Las *family room*, como las conoce la comunidad expatriada, constituyen uno de los exponentes más gráficos de la discordancia entre tradición y modernidad que afronta la so-

ciudad saudí. La tradición exige la segregación de sexos. Entre las novedades de la modernidad están los restaurantes y cafeterías que los saudíes ni siquiera soñaban hace medio siglo. En los primeros años del *boom* del petróleo, sólo los hombres accedían a ellos, pero con el nuevo poder adquisitivo, la educación, los viajes al extranjero y los medios de comunicación, ¿cómo mantener a las mujeres alejadas de estos lugares que constituyen uno de los escasos centros de ocio permitidos en el reino?

Una noche me reuní con mi amigo Yafar después de cenar. «Si no estás demasiado cansada, te invito a tomar un café fuera del hotel», propuso. Acepté encantada y enfilamos la bulliciosa calle Olaya de Riad hacia un Starbucks «que tiene buen aparcamiento». La decoración era igual al resto de los 9.000 locales de la cadena en todo el mundo. Incluso la sirena del logo ha logrado superar el escrutinio de los puntillosos vigilantes de la moral del Comité, que al principio creyeron ver en él una insinuante figura femenina. Pero, acompañado por una mujer, Yafar no pudo sentarse en la terraza ni entrar en la cafetería por la puerta principal.

Lo internacional ha tenido que adaptarse a lo local y, como cualquier otro local de hostelería, los Starbucks saudíes tienen dos entradas, una para hombres solos y otra para familias. Una pegatina en la puerta recuerda la prohibición de que las mujeres entren solas. Y otra advierte de la obligación de que vayan cubiertas. Una vez dentro, no sólo hay dos salas separadas, sino que en las *family rooms* hay particiones, a modo de reservados, para permitir que las féminas puedan levantarse el velo y disfrutar de su consumición sin las penosas maniobras a que se ven obligadas para comer o beber en público. Por lo demás, los camareros que atienden a uno y otro lado del mostrador son los mismos: inmigrantes asiáticos que, al parecer, ni sufren ni participan en la tentación que se supone al contacto directo entre saudíes de distinto sexo.

No he logrado averiguar a quién se le ocurrió la idea de las salas de familia, un concepto que también he visto en algunas zonas rurales de otros países musulmanes, donde, a di-

ferencia de Arabia Saudí, su uso no es obligatorio, sino una opción que se ofrece a las mujeres. En cualquier caso, estoy convencida de que se trata de la típica solución salomónica inspirada en motivos pecuniarios. ¿Por qué renunciar al gran potencial económico que suponen las consumidoras saudíes?

En puridad, si uno tomara al pie de la letra las estrictas y anticuadas consideraciones que inspiran todo el complicado sistema de separación de sexos, las mujeres ni siquiera deberían de salir de casa para evitar problemas. Al final, como he observado en muchas otras situaciones, los saudíes han optado por una solución pragmática y, desde nuestra óptica, bastante enrevesada.

La propia presencia de Yafar y yo, juntos en el café, era una clara violación de las normas. Sí, estábamos casados, ¡pero con distintas personas! Aunque improbable en la práctica, en teoría existía el riesgo de que fuéramos acusados de adulterio si nos descubría un *mutawa*. Mientras charlábamos, ajenos a ese peligro, en uno de los reservados contiguos al nuestro, oímos las voces de un grupo de mujeres que se encontraban solas en el local. No es infrecuente. Las autoridades dictan las leyes y los ciudadanos sortean las que no encajan con sus deseos.

Cada vez más a menudo, los saudíes —hombres y mujeres— cuestionan las restricciones. Sin embargo, muchas de aquellas defienden la separación como el modo ideal de participar en la sociedad y los promotores comerciales se hacen eco de ello.

MUJERES AL VOLANTE

La segunda planta del centro comercial Al Mamlaka (El Reino) de Riad es el paraíso del feminismo saudí. Un ascensor «sólo para mujeres» deposita a las visitantes en una burbuja en la que pueden mostrar la cara y liberarse de la capa negra con la que cubren su cuerpo. Pocas lo hacen. Ni la *abaya* ni la segregación son el problema, me comentaron varias mujeres que se consideran liberales. Lo que molesta a las saudíes, en

sus palabras, son las limitaciones sociales y legales que les impiden participar más activamente en la vida económica y política del país. «Debemos respetar las costumbres y tradiciones», subrayan incluso algunas reformistas.

Esas costumbres y tradiciones son la base de la separación de sexos en público y de que las mujeres tengan prohibido no ya conducir sino siquiera salir solas a la calle. En puridad, se requiere que vayan acompañadas de su *mebram*, guardián o custodio legal, que, además del marido, puede ser el padre, un hermano e incluso un hijo menor: cualquier varón con quien el grado de parentesco haga imposible el matrimonio. A partir de ahí, se hace innecesario prohibir más. Toda actividad social, económica e incluso existencial queda fuera de su alcance. ¿Cómo ir al trabajo, reunirse con amigas o hacer la compra sin el beneplácito masculino?

«Todo depende del hombre de nuestra vida», admite sin sombra de resquemor Ghada. Ella es una afortunada. El primer hombre de su vida, su padre, tenía un talante liberal y abierto que le llevó a educar a su hija en Líbano y en Londres. Ahora, su segundo marido, Abdel Rahman, comparte sus inquietudes y apoya su vocación empresarial. Es el caso de muchas mujeres de clase media y alta a las que sus padres o esposos llevan a diario a la universidad o al trabajo. Otras tienen chóferes, una solución tolerada por el Comité, pero que se ha convertido en una trampa para los propios hombres. «No todos podemos permitirnoslo, lo que constituye un verdadero quebradero de cabeza, porque nos obliga a hacer una doble jornada: por la mañana, en nuestro trabajo, y por la tarde, como chóferes de esposas, hijas, madres o hermanas», me confesó el diplomático Jaled al Jereiyyi.

Algunos van más allá y cuestionan incluso la filosofía que subyace detrás del sistema. «Me parece inconcebible que no permitamos conducir a nuestras mujeres y prefiramos confiar su seguridad y la de nuestros hijos a unos desconocidos, en la mayoría de los casos venidos de países y culturas muy lejanas a las nuestras; es un sinsentido», defiende el profesor universitario Mohamed al Hasan.

Durante una entrevista en septiembre de 2003, el jeque Saleh al Yasin, imam de la mezquita Príncipe Sultan de Yedda, me aseguró que el Gobierno ya había dado el visto bueno a que las mujeres condujeran. «Sólo falta que el Ministerio del Interior prepare la ley oportuna», insistió Al Yasin tras mostrarse favorable a la decisión. Sin embargo, pocos meses después, el departamento de Tráfico dejó de expedir los documentos para obtener el carné internacional que permite a las saudíes conducir en el extranjero.

De nuevo, todos éstos son signos contradictorios que parecen revelar la lucha entre conservadores y liberales. Este enfrentamiento político se dirime en la sociedad, pero también se libra en los corredores del poder. Incluso si el jeque Saleh estaba en lo cierto, la preparación de una ley puede llevar varios años en Arabia Saudí. Pero, mientras, los saudíes no se quedan dormidos.

Más allá de las jovencitas que se disfrazan de chico para probar las emociones de la carretera o preparar el examen que pasarán en Estados Unidos o Suiza, es un hecho que las beduinas llevan años conduciendo las camionetas familiares en el desierto, sin necesidad de que ningún documento atestigüe su idoneidad. Y, en el colmo de las contradicciones, la propia policía parece aceptarlo. En marzo de 2005, un portavoz informó de un accidente en el que uno de los implicados era ¡una conductora! Los periodistas le preguntaron si habían entendido bien. «Es lo más normal», respondió el agente⁶.

Desde luego, semejante respuesta supone cierto cambio de actitud frente al famoso y aireado incidente del 6 de noviembre de 1990. En aquella fecha, animadas probablemente por la llegada de las tropas estadounidenses que iban a liberar Kuwait y entre las que había un 10 por ciento de mujeres, 47 ciudadanas saudíes desafiaron la prohibición y bloquearon con sus coches el Barrio Diplomático de Riad. Como venía siendo habitual cuando se producía algún caso similar, fueron llevadas a comisaría hasta que las rescató su *mebram*, pero, además, a modo de aviso, se les retuvo el pasaporte y las que trabajaban para el Estado perdieron sus empleos.

A la vista de que el enfrentamiento no dio los frutos deseados, quienes defienden el derecho de las saudíes a conducir han buscado otras fórmulas. En mayo de 2005, un miembro del Consejo Consultivo, Mohamed al Zalfa, se hizo eco de esa demanda y propuso al presidente de la Cámara que se debatiera el asunto. Al Zalfa citaba, entre otros argumentos, el tremendo coste económico que acarrea. Según los datos que presentó, existían en el reino un millón de conductores extranjeros, con un coste anual de 12.000 millones de riales (unos 2.600 millones de euros).

Aun así, sigue existiendo una vehemente oposición social a que las mujeres conduzcan. Y en contra de lo que pueda esperarse, no es exclusiva de los hombres. «¿Qué haríamos si tuviéramos un pinchazo o cometiéramos una infracción? A menos que se cree una red de talleres atendidos únicamente por mujeres y un cuerpo de tráfico femenino, tendríamos que hablar con un hombre. ¿Se imagina el embarazo?». Quien me planteaba tales preocupaciones no era una campesina ignorante o supersticiosa, sino la profesora Fatma Mofahdi, que ha vivido siete años en Estados Unidos, donde, por cierto, conducía su propio coche. «Siempre iba preocupada pensando que si hacía algo mal y me detenían, los policías me tocarían para ponerme las esposas y ¿cómo se lo explicaría a mi marido?», me comentó cuando le señalé la contradicción.

Entre tanto, las saudíes menos afortunadas económicamente se arriesgan a que un miembro del ominoso Comité pueda detenerlas y humillarlas, como le pasó a una señora de 40 años de la localidad de Jamis Mushayt, al suroeste del país, porque viajaba en un taxi «con un hombre con el que no tenía ningún parentesco»... ¡el taxista!

PROPIETARIOS Y PROPIEDADES

Igual de embarazoso resulta el celo que muestran los agentes de inmigración con las autorizaciones de viaje. Todas las saudíes, sin excepción, desde las más pobres hasta las princesas,

necesitan el permiso de su *mebram* para viajar al extranjero. Los policías rechazan sin contemplaciones en la aduana a cualquier mujer que carezca de él, aunque viaje acompañada del resto de su familia o sea una alta funcionaria de la ONU, como Zoraya Obaid, la responsable del Fondo de Población, que en una ocasión pasó por ese apuro.

«Un hombre posee literalmente a cada persona cuyo nombre aparece en su carné familiar. Ésa es la definición saudí de la custodia masculina», ha denunciado la escritora Moodhy al Khalaf⁷. Y es que esos documentos atribuyen al cabeza de familia (sea padre, marido o hijo) la responsabilidad, y casi la identidad, de cada uno de los miembros incluidos en él. Si el hijo que viaja con su madre viuda no es el custodio legal de ésta, se requiere el permiso escrito del responsable.

«Hace algunos años, mi mujer solicitó un cambio de trabajo porque el horario le convenía más y tuve que dar mi autorización», me confirmó Al Hasan, el profesor. «Es ridículo», subrayaba tras recordar que su firma tuvo que ser autenticada por el jefe de su departamento en la universidad, con lo cual, todos sus colegas se enteraron de un asunto en principio privado.

La dependencia de la tutela masculina llega a extremos impensables en Occidente: una joven llamada Afra, a los 26 años y después de nueve trabajando como secretaria, vivía enclaustrada en casa por haberse negado a aceptar varios matrimonios arreglados. «Mi padre me trae al trabajo por la mañana y viene a esperarme cuando salgo, a las cinco; la única posibilidad que tenemos de encontrarnos es durante el almuerzo», me dijo cuando concertamos la cita. No es un caso aislado y la soltería a esa edad empieza a ser un problema en un país donde el objetivo vital de hombres y mujeres es el matrimonio.

Me parece significativo que de los cinco millones de saudíes en edad de estar casadas, un millón y medio permanezcan solteras, según las estadísticas que maneja la prensa local. Tan elevada cifra no se explica sólo por la carestía de las dotes, que plantean un grave problema a muchos jóvenes que desean contraer matrimonio, sino porque cada vez más mu-

chachas se niegan a casarse con el hombre que han elegido sus padres para ellas.

Es cierto que la máxima autoridad religiosa saudí, el jeque Abdelaziz al Sheij, denunció con claridad los matrimonios forzosos o de conveniencia. Pero esto sólo ocurrió en abril de 2005. «Obligar a una mujer a casarse con alguien al que no quiere o impedir que se case con quien elija es desobedecer a Dios y a su Profeta», declaró el jeque Abdelaziz, cabeza visible del Consejo de Grandes Ulemas. Incluso fue más allá al pedir el castigo de los padres que persistan en esa actitud. «Deberían ir a la cárcel hasta que cambien su forma de pensar», aseguró. Muchos saudíes atribuyen a esa costumbre el hecho de que casi la mitad de los matrimonios acaben en divorcio.

«¿Es una coincidencia que la mayoría de las normas restrictivas estén relacionadas con las mujeres? Creo que no. Nuestro Estado está organizado por ciertas mentalidades para preservar una cosa: el dominio masculino», argumenta Al Khalaf. La escritora critica el doble rasero de las autoridades quienes, con la justificación del islam, se esmeran en limitar los derechos de la mujer, pero no en aplicar aquellos mandatos que la protegen. Y añade: «Cuando el islam deja claro que un hombre es responsable del bienestar de su familia, nuestras instituciones de repente no sólo pierden su poder sino que devienen inútiles». Al Khalaf asegura que un hombre «puede golpear hasta la muerte a su mujer e hijos, y los policías se encogerán de hombros en señal de impotencia, diciendo que no pueden intervenir en asuntos familiares privados». «En ese momento», prosigue, «sus uniformes no representan ninguna autoridad. Están ahí sólo para defender ciertas leyes, y no necesariamente las islámicas, sólo las que alguien ha marcado con un lapicero mágico».

GOLPES Y LEYES

Existen historias atroces de malos tratos conyugales, atropellos y violencia doméstica que, dado el culto a la privacidad

que impera en el país, tienen escasas posibilidades de ser denunciados, y, mucho menos, confiados a una extranjera. Aunque el islam prohíbe el maltrato, las autoridades saudíes rara vez procesan a los maridos que *corrigen* a sus esposas. Sin embargo, la prensa local ha empezado a hacerse eco de esos sucesos, e incluso a reconocer la existencia de formas de discriminación que perpetúan la violencia contra las mujeres y su impunidad.

Todo empezó en abril de 2004, con el caso de Rania al Baz. La famosa presentadora de la televisión estatal fue golpeada de forma tan brutal por su marido que su cara quedó completamente desfigurada. El parte médico señaló trece fracturas. En contra de todas las convenciones sociales, Rania dejó que se publicaran imágenes de su rostro hinchado y amoratado, un hecho que convulsionó a la alta sociedad saudí, pero que no sorprendió a muchas mujeres.

La visibilidad del incidente pesó sin duda en la rapidez con que la víctima consiguió el divorcio y la condena que el juez impuso a su agresor: seis meses de cárcel y trescientos latigazos. Probablemente, su repercusión consiguió también que el magistrado le concediera a ella la custodia de sus dos hijos. No obstante, la presión social ejerció una vez más su influencia: pese a todas las valientes declaraciones de Rania, ésta terminó aceptando pocos meses después una compensación económica de su ex marido a cambio del perdón que le permitió salir de la cárcel, tal como autoriza la *sharía*.

«En la región tenemos teorías y prácticas sociales que fomentan la violencia contra las mujeres. Necesitamos cambiar eso. La violencia contra las mujeres se da en todas las clases sociales, ricos y pobres, todo el mundo está afectado», reconoció meses más tarde la presentadora en un seminario organizado por Amnistía Internacional en el vecino Bahrein. Sus palabras apuntaban a la herencia patriarcal como responsable de esas actitudes, pero también ponen su granito de arena unas leyes que justifican la desigualdad.

La *sharía* resulta claramente discriminatoria contra las mujeres: establece que hereden la mitad que sus hermanos,

permite la poligamia y deja el divorcio en manos de los hombres. Mientras éstos quedan libres del matrimonio con sólo renegar de él tres veces ante testigos, la vía para las mujeres (*jula*) exige recurrir a un tribunal y pagar una compensación al marido, equivalente a la dote que él abonó en el momento del matrimonio. Por el contrario, los maridos no tienen ninguna obligación legal de entregar una pensión a sus mujeres. De ahí la importancia de la dote como garantía de futuro y el problema que plantean las cantidades cada vez más elevadas que exigen las familias de las novias.

Otra dificultad para las mujeres a la hora de divorciarse son los hijos. Aunque, en teoría, los menores de 7 años quedan a cargo de sus madres y a partir de esa edad el juez pregunta a los varones con quién quieren vivir, son frecuentes los casos en los que el padre se lleva consigo a los hijos sin que a la mujer le quede otro recurso que las lágrimas. La posibilidad de un acuerdo depende más de la influencia de su familia que de las leyes.

Además, en tanto que musulmanas, las saudíes no pueden casarse con hombres que practiquen otra religión (una restricción que no se aplica a los hombres) y, en el caso de que deseen hacerlo con un extranjero, necesitan, además del preceptivo permiso familiar, el del Gobierno. Incluso con todos los parabienes, no pueden transmitir la nacionalidad a sus hijos. En esas condiciones, no sorprende que matrimonios como el de Dahlia Tawfik y el alemán Andreas Haberbeck, que viven en Yedda, sean absolutamente anecdóticos. Andreas, que tuvo que convertirse al islam y vencer la resistencia del abuelo de Dahlia, terminó convirtiéndose no obstante en el nieto favorito del patriarca.

En el caso contrario, y mucho más frecuente, de extranjeras casadas con saudíes, el divorcio acarrea una discriminación añadida. Sólo pueden entrar en el país para visitar a sus hijos con el permiso escrito de sus ex maridos, que tienen que rellenar una «declaración aprobatoria» en el Ministerio del Interior para que se les conceda el visado.

El Corán permite que los hombres contraigan matrimonio hasta con cuatro mujeres, algo que Osama bin Laden ha

aprovechado a pesar de su vida a salto de mata y su supuesta mala salud. No es lo más habitual. A principios del siglo XXI, imperativos económicos y culturales han reducido esa práctica, que de todos modos impulsaron la construcción de la identidad nacional (a través de la promoción de la familia) y la bonanza económica⁸. Con anterioridad, tal posibilidad sólo estaba al alcance de los nobles y los comerciantes ricos. Aun así, el mero riesgo de que el marido tome una segunda esposa somete a las mujeres a una gran tensión y, sin duda, tiene algo que ver con el exceso de atención a la apariencia personal que las saudíes practican por debajo del velo.

«Es difícil», me reconoció con amargura la pintora Hoda al Omar respecto a la experiencia de ser una segunda mujer. En principio, la primera puede negarse a que su marido se case de nuevo y obtener el divorcio si él insiste, pero teniendo en cuenta las desfavorables condiciones que la ley impone a la mujer separada, esa opción sólo se da entre las clases más acomodadas. Por otro lado, dada la prevalencia de los matrimonios «arreglados», para muchos hombres estas segundas bodas son su verdadera elección.

A pesar de todo lo dicho, apenas he oído quejas de mujeres saudíes contra la *sharía*. Al contrario, la mayoría trata de encontrar apoyo a sus reivindicaciones en pasajes del Corán o dichos del Profeta (*hadices*). Es una protección. Para muchas, el islam se ha convertido en un instrumento de liberación frente a las leyes de un Estado que esconde su autoritarismo bajo una apariencia paternalista. Así, algunas han encontrado en la religión el argumento para negarse a aceptar maridos impuestos o para incluir en sus contratos matrimoniales cláusulas que les permitan viajar, divorciarse si el marido se casa de nuevo, seguir estudiando o trabajar. Para otras, sin embargo, la religión es el último tabú, mayor incluso que el poder de la familia real.

«Tenemos que separar los derechos de la mujer de la religión; se trata simplemente de una cuestión de derechos humanos», defiende la periodista Iman al Kahtani. Esta joven valiente, a la que se puede calificar de feminista autodidacta,

es una excepción entre las saudíes. «Me llaman despectivamente Iman el Saadawi...»; ese juego de palabras con su nombre hace referencia a la feminista egipcia Nawal el Saadawi, pero a la periodista no parece importarle demasiado. Y, sin embargo, sus planteamientos pasarían desapercibidos —por obvios— en muchas partes del mundo.

Al Kahtani, que se ha formado en Arabia Saudí, ha llegado a esas conclusiones a través de sus lecturas. «Cada vez que viajo fuera, vengo cargada de libros, y temblando pensando que me los puedan requisar en la aduana», explica antes de aclarar que «éste es un país en el que se prohíbe el conocimiento». El espíritu independiente de esta mujer se rebela constantemente contra las limitaciones que imponen las manidas costumbres y tradiciones locales, aireadas constantemente para asegurar la sumisión femenina y que van mucho más allá del largo manto negro con el que debe ocultar su cuerpo. «Los más conservadores son los que mandan y los reformistas apenas llegamos a las mujeres», lamenta mientras consume un cigarrillo tras otro... un signo de su rebeldía.

GIMNASIA: LA PERVERSIÓN OCCIDENTAL

El peso de los conservadores se revela incluso en los asuntos más nimios. En la primavera de 2004, los miembros liberales del Consejo Consultivo trataron de introducir la gimnasia en las escuelas femeninas como parte de las reformas educativas que el reino tiene pendientes. A pesar de que el 75 por ciento de sus 120 miembros votó a favor, los ultraortodoxos lograron que la propuesta *se perdiera* en el camino hacia el Consejo de Ministros, que debía debatirla antes de proponerla al regente para su sanción legal. Algunos consejeros incluso llegaron a negar que el debate se hubiera planteado siquiera.

Es sólo un ejemplo de lo delicado que resulta lanzar cualquier iniciativa relacionada con la mujer. En un ejercicio de contemporización inexcusable, los propios liberales quitaron hierro al asunto. «Lo importante es que se ha abierto un de-

bate público sobre la igualdad de derechos de niños y niñas», me aseguró varios meses más tarde Abdelmushin al Akkas, quien poco después sería nombrado ministro de Asuntos Sociales. «La propuesta de ley sigue su curso, lo que sucede es que se enfrenta a dos dificultades: la oposición de los padres y la falta de medios», explicó.

Cuesta creer que en Arabia Saudí haya falta de fondos para dotar de gimnasios a los colegios; pero muchas familias no ven con buenos ojos cambios que asocian con un proceso de occidentalización, para ellos, equivalente a perversión.

El recelo de algunos sectores al ejercicio físico de las mujeres, algo que muchos observadores califican como «miedo al cuerpo femenino», se traduce también en la falta de espacios al aire libre donde éstas puedan ejercitarse o pasear sin *abaya*. Algunos artículos periodísticos han empezado a reclamar parques sólo para mujeres con ese fin. No parece ajeno a esa repentina preocupación por la salud femenina el hecho de que el 52 por ciento de las saudíes estén obesas.

«¿Por qué se sorprenden, si nos pasamos el día encerradas en casa y nuestro único entretenimiento es la comida?», me confesaba una recién casada que estaba pensando inscribirse en un gimnasio... si lograba convencer a su marido.

Todas estas trabas no han impedido sin embargo que algunas encuentren en el deporte una vocación profesional. «La semana pasada me quedé boquiabierto cuando fui a renovar mi carné al club deportivo de Obaji y me encontré con que la monitora de *step* y la de yoga eran saudíes», me comentó en julio de 2005 M. K. S., una joven nacida y criada en Arabia Saudí, pero que nunca tendrá la nacionalidad por ser hija de extranjeros. «Me resultó realmente extraño», añadió tras describir a las instructoras como «desenvueltas, profesionales y súper simpáticas».

Sin embargo, a menudo son las mujeres quienes más se resisten a los cambios. Fue nada menos que la responsable de educación para niñas en el ministerio del ramo, Affral al Humeidy, quien llamó la atención del gran muftí del reino sobre el hecho de que la empresaria Lubna Olayan se había dirigido, a cara

descubierta, a un auditorio masculino durante una conferencia de negocios celebrada en Yedda a principios de 2004.

Esas actitudes y la insistencia en la segregación desarman a las reformistas. A Iman le indigna que para llegar a su oficina, en la sección de mujeres del diario económico *Al Eqtesadiab*, se vea obligada a usar una puerta trasera. «¿Por qué no podemos trabajar codo con codo con nuestros compañeros?», inquiera una y otra vez. Siempre tengo la tentación de responderle: «Porque Arabia Saudí es aún un país rico».

TÓCAME SI TE ATREVES

Me pregunto si alguien se habrá parado a evaluar el coste de duplicar oficinas y servicios para poder atender de forma separada a hombres y mujeres. Es un sistema realmente demencial, como se ha empezado a ver en los hospitales, donde, a pesar de existir alas separadas para el alojamiento de los pacientes de uno y otro sexo, los profesionales sanitarios trabajan mezclados. Cuestión de pragmatismo. «Sería muy caro tener duplicados quirófanos y consultas con personal propio de uno u otro sexo», me justificó un médico extranjero del Hospital Oftalmológico Rey Jaled en el año 2000. «La vida está cambiando», admitió por su parte Hayat A. Badruddin, una de las responsables de administración de ese centro, cuando le mostré mi sorpresa porque mujeres y hombres saudíes estuvieran trabajando juntos. Badruddin no disimuló su satisfacción al informarme de que una cuarta parte de los médicos eran mujeres, y la mayoría de ellas, saudíes. «Pero tenemos que evolucionar con la sociedad y aquí hay quienes son más liberales y quienes son más conservadores», precisó antes de añadir que «el cambio se tiene que producir despacio, no de forma drástica». La idea de cambio gradual se repite a menudo en este país.

Desde fuera, sin embargo, da la impresión de que a cada paso adelante le suceden dos pasos atrás. Y la mano de los vigilantes de la ortodoxia siempre está detrás.